

En el curso de los catorce últimos años de su reinado mereció Constantino el título de *fundador de la tranquilidad pública* (11), que le fué conferido por un decreto. Con efecto, apenas alteró el sosiego una sedición excitada en la isla de Chipre por un conductor de camellos, llamado Calocero, y por la intervención del emperador en la guerra de los sármatas y de los godos.

Expulsados por éstos los vándalos se habían unido á los primeros, á quienes dieron un rey de la raza de los Hastings, antiguamente establecida en las costas del mar del Norte. Agregábase el deseo de la venganza á tantos otros motivos de enemistad entre pueblos de carácter fiero é igualmente avarientos de predominio. Ya habían llegado muchas veces á las manos los vándalos y los godos junto al Tibisco (331), cuando los primeros demandaron socorro al emperador romano. Como quería en todo humillar el poder creciente de los segundos, acogió de buen grado la demanda que se le dirigía; pero de repente pasó el Danubio é invadió la Mesia Ararico, rey de los godos; y Constantino, envejecido en medio de las victorias, vió á sus legiones emprender la retirada delante de los bárbaros con ignominia. Sin embargo la disciplina acabó por recuperar la ventaja, y el enemigo vencido fué rechazado hasta más allá del Danubio (332).

Constantino fué auxiliado en esta guerra por los habitantes del Quersoneso Táurico (*la Crimea*), quienes conservando memoria del daño que les habían hecho los godos, en el siglo precedente, se unieron á los romanos, á quienes les enlazaban además su origen griego y el comercio de sal, de cera y de cueros que hacían con ellos, en cambio de granos y de manufacturas del Asia. Estos esfuerzos combinados repelieron á los godos á las montañas, donde se dice que murieron cien mil por efecto del frío y del hambre. Reducidos entonces á implorar la paz dieron en rehenes el hijo de Ararico á Constantino, quien se mostró generoso respecto de sus jefes. Lo fué todavía más con los del Quersoneso, cuyos magistrados recibieron de él magníficas insignias, á la par que otorgó á sus buques la exención de todo derecho en el mar Negro, y les prometió subsidios en hierro, en aceite y en trigo.

Constantino no se mostró avaro más que con los sármatas, cual si hubiera hecho bastante con libertarles de un enemigo peligroso; y retuvo para los gastos de la guerra parte de las liberalidades con

(11) *Fundador pacis*, se titula en una medalla, según MIONNET.

que solía gratificar comunmente sus servicios. Irritáronse de consiguiente é hicieron incursiones en el territorio del imperio. Pero Constantino rehusó á su vez socorrerles cuando fueron atacados por Geberico, nuevo rey de los godos. El rey vándalo Visumar pereció en una batalla (334), oponiendo una denodada resistencia á un enemigo valeroso; entonces los suyos armaron á los esclavos, hombres endurecidos en las fatigas de la caza y en la guarda de los rebaños, y rechazaron la invasión con esta medida. Pero aquellos esclavos, á quienes se habían puesto las armas en la mano y cuyo corazón nutría la sed de venganza, usurparon ó más bien reivindicaron como propiedad suya el país donde probablemente habían nacido sus padres, y se hicieron dueños de él con el nombre de limigantios. Hubieron, pues, de retirarse los vándalos y los sármatas; parte de ellos se sometieron á los godos, parte fueron á pedir á los cuados porciones de terreno inculto más allá de los montes Carpáticos; en su mayor número imploraron un asilo en el imperio, donde trescientos mil fueron distribuidos en colonias en la Panonia, en la Tracia y en Italia. Los persas, que habían violado la paz, talando la Mesopotamia, fueron en breve reducidos á negociar de nuevo.

**Muerte de Constantino.**—Constantino era, pues, temido por los bárbaros vecinos, y respetado por los lejanos, que le enviaban embajadores, unos desde las riberas del Océano oriental, otros desde las fuentes del Nilo. Habían transcurrido diez meses desde la celebración del trigésimo año de su reinado, cuando cayó enfermo en Nicomedia. Conociendo su fin cercano, pidió la imposición de las manos y el bautismo, que no había recibido hasta entonces; murió declarando que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar al instante (12). Habían cesado las rivalidades rencorosas y fué generalmente sentido. Hicieronse magníficas exequias, y la adulación de los paganos le colocó entre el número de los dioses (27 mayo 337), la gratitud de los griegos y de los cristianos le aclamó apóstol y santo; la justicia de la posteridad le cuenta entre los grandes monarcas, como un príncipe que comprendió su época, que en vez de retardar progresos ya maduros, á semejanza de los tenaces partidarios de lo pasado, los secundó y favoreció, poniéndose á la cabeza de la más insignie revolución mencionada en la historia.

(12) La discusión más reciente sobre el legendario bautismo de Constantino, se halla en la traducción que Arth. L. Forthingham hizo de la *Omelia* de Jacobo de Saruh. *Acc. de' Inetti*, 1881-82.

## CAPITULO IV

### ASUNTOS RELIGIOSOS

Después de Constantino adquirieron tal importancia los sucesos exteriores de la Iglesia, que sería imposible comprender la historia sin observarlos simultáneamente. En los primeros tiempos de cristianismo predomina el milagro; y si bien campea el poder del hombre en el sufrimiento, la resistencia y la victoria, es tan evidente por otro lado que la mano de Dios en las interrupciones del orden natural, que aquellos sucesos más bien deben venerarse que describirse. En su mayor parte, los primeros discípulos eran sencillos é incultos; y la fe era la base en que querían edificar el nuevo mundo, capaz de remover las montañas.

El primer siglo, fue, pues, más práctico que especulativo, más de acción que de palabra; la doctrina, perpetuada por la traducción oral y viva, concentrábase en pocas palabras graves y sencillas; y la fe estaba probada de un modo simple y eficaz cuando los testigos de la vida y resurrección de Cristo podían decir aún: «Nosotros lo hemos visto ó lo ha visto el que nos lo ha contado». La doctrina, pues, se reducía á decir: «¿Queréis la paz del alma y el verdadero bien? Pues creed». Si nacían disputas, las acallaba la voz de un discípulo; y la completa regeneración del hombre era una prueba sublime de la verdad, que se efectuaba por medio de virtudes desconocidas hasta entonces: paz, fraternidad, igualdad, beneficencia universal, constancia en los martirios, y el perdón magnánimo.

Aquella fe indómita ante los terrores y los halagos, aquella virtud sobrehumana debían producir su efecto, y el mundo se imbuía de un espíritu nuevo; así que la Iglesia poco antes casi sin esperanzas, se extendió triunfante y se preparó á reformar la sociedad, no cambiando el orden político, sino mejorando los hombres, imponiendo un nuevo sistema de creencias moral.

Cuando este emperador hubo dado la paz á la

Iglesia, se propagó por toda la cristiandad un santo alborozo. Vióse á los sacerdotes salir de la noche de las catacumbas, para celebrar á la faz del mundo los ritos de la nueva alianza. Entonces empezaron los obispos á solemnizar la memoria de los mártires, á consagrar iglesias edificadas á la luz del día; los hombres de letras á escribir panegíricos, y á revelar virtudes escondidas hasta entonces en la sombra. Reconociéndose entre sí los fieles en una dulce seguridad, se estrechaban con mútuos abrazos; y la cena de la conmemoración perpétua les afirmó en el sentimiento de la fraternidad en medio de himnos al Señor, que prometía el fin de las tempestades.

No quiso Constantino reducir á la desesperación á un partido numeroso, que ya no era temible, amenazándole con represalias; condujose, pues, con templanza (lo cual no es débil mérito en un innovador) en una lucha que no admitía transacciones, y que tenía por objeto asegurar el triunfo de un sistema. Al principio toleró al lado de la religión nueva el antiguo culto, arraigado en las costumbres y sostenido por tantos intereses (321); habiéndose declarado después abiertamente en favor de los cristianos, proscribió los juegos de los gladiadores, las fiestas escandalosas, el trabajo en los domingos. Más tarde cerró los templos, prohibió los sacrificios, derribó los ídolos, quitó á las vestales y á los sacerdotes paganos los privilegios que concedía á los obispos y al clero, á quienes daba además palacios y riquezas con la autorización de aceptar mandas. Impuso á los magistrados seculares la obligación de abandonar parte de su autoridad para aumentar la de los obispos, á cuyas decisiones atribuyó tanta fuerza como á las suyas propias. Levantóse la cruz sobre los edificios públicos, flotó el lábaro á la cabeza de los ejércitos: alzóse una capilla en el campamento, servida por sacerdotes á quienes llamaba

Constantino custodios de su alma. Cada legión tuvo su altar y sus ministros, y antes del combate fué invocado el dios de las victorias.

**Donación de Constantino.**—Dijose más tarde que curado el emperador de la lepra y bautizado por el papa Silvestre, le había cedido, así como á sus sucesores, la soberanía de Roma, de Italia y de las provincias de Occidente. El acta de donación, forjada según las apariencias en el siglo VIII é inserta en las decretales del falso Isidoro, parece señalar una antiquísima fecha y un origen legítimo á la dominación temporal de los papas (1). Pero la autenticidad de este título fué ya cuestionada en el siglo XII: luego Lorenzo Valla la refutó completamente, apoyándose en pruebas, á que se rindieron antes que nadie los más leales defensores de la Santa Sede. A más la liberalidad de Constantino dotó espléndidamente las iglesias de Roma (2), y un catálogo, aunque incompleto (3), enumera las rentas que sacaban de las casas, de las tiendas, de las tierras y de los jardines, las de San Pedro, de San Pablo, de San Juan de Letrán; ascendiendo todo junto al valor de veintidos mil monedas de oro, á las que conviene añadir una considerable cantidad de aceite, de lienzo, de papel, de aromas y de frutos. Sin embargo, los pontífices romanos, aun después del triunfo de la fe, continuaron haciendo una vida humilde, no aspirando al reinado de este mundo, sino á dar ejemplo de constantes virtudes.

**Papas.**—Los primeros de ellos, obispos piadosos

(1) «Aun en la Roma pagana, el pontífice romano causaba embarazo á los césares; era su súbdito, podían todo contra él y él nada contra ellos, y sin embargo, no podían estar á su lado. Leíase en su frente el carácter de un sacerdocio tan sublime, que el emperador, que llevaba el título de sumo pontífice, lo sufría en Roma con menos paciencia que en el ejército un César al cual le disputase el imperio. (Bossuet). Una mano oculta le echaba de la ciudad eterna, para darla á la cabeza de la iglesia eterna. Quizá en el ánimo de Constantino mezclábase un principio de fe y de respeto con ese disgusto; pero no dudo que tal sentimiento contribuyó á su determinación de mudar la corte más que los supuestos motivos políticos. El mismo recinto no podía contener al emperador y al pontífice, y Constantino cedió Roma al papa. La conciencia infalible del género humano no la entendió de otra manera y de aquí la *ciertísima fábula* de la donación. La antigüedad que quiso verlo y tocarlo todo, cambió el abandono en una donación formal viéndola escrita en pergamino y depositada en el altar de San Pedro. Los modernos apelan á la *falsedad*, mientras la misma inocencia refería de esa manera sus pensamientos. No hay, pues, cosa más verdadera que la donación de Constantino.» DE MAISTRE.

(2) Hizo donación á una sola iglesia de un tabernáculo de plata de peso de dos mil veinticinco libras, con una cruz de cinco pies de altura, que pesaba ciento veinte, y los doce apóstoles, también de plata, del peso de noventa libras cada uno; tasado todo en millón y medio, sin contar ochenta mil pesetas de renta en bienes raíces.

(3) BARONIO, *An. eccl.* ad a. 324, núms. 58, 65, 70, 71.

y llenos de celo, después de haber empleado penosamente toda su vida en conservar la pureza de la fe y en alentar á los que la confesaban, la habían sellado con su propia sangre. A Pedro, crucificado en 29 de junio del 67, (?) sucedió Lino, natural de Volterra, luego Anacleto de Roma: enseguida el romano Clemente, compañero en otro tiempo de San Pablo, y del cual nos queda una epístola á los corintios; viene en pos Evaristo, sirio, que así como el romano Alejandro su sucesor, fué víctima del emperador Adriano. Luego Sixto, de la familia Elvidia, que introdujo el ayuno de la cuaresma, y Telesforo de Turio, á quien se atribuye el *Gloria in excelsis*. Enseguida se cuentan Higinio de Atenas, Pio de Aquilea, Aniceto de Ancisa, Sotero de Fondi, de los cuales no se sabe la época de su pontificado, como tampoco su orden de sucesión.

Dícese que Eleuterio de Nicópolis envió misioneros á Bretaña (4). El celo de Víctor, natural del Africa (177), fué templado por los prelados de Occidente, á fin de que no impulsara á los obispos de Asia á separarse de la Iglesia con motivo de la cuestión del tiempo en el cual había de celebrarse la Pascua. Cuéntase que Calixto, de la familia Domicia, sucesor del romano Zefirino, mandó construir (219), en tiempo de Heliogábalo, el famoso cementerio que se encuentra á lo largo de la vía Apia, y en cual fueron enterrados ciento setenta y cuatro mil mártires y cuarentitres papas. Siguen luego Urbano, Ponciano, romanos (235-251), éste fué desterrado á Cerdeña en tiempo de Maximino; Antero de Policastro; Fabián y Cornelio, romanos y mártires; Lucio, romano; Esteban de Roma, que tuvo algunas reyertas con San Cipriano; Sixto II, de Atenas; Dionisio, de Turio, que hizo obras de que nos quedan algunos fragmentos; de 269 á 275 Félix de Roma; Eutiquiano de Luca; Cayo de Dalmacia; Marcelino, romano; Marcelo de Roma, cuya severidad y cuyas contradicciones están atestiguadas por el epitafio que le hizo San Dámaso (5). El papa Eusebio, natural de Calabria, que gobernó la iglesia solo durante algunos meses (310) tuvo por sucesor al africano Milciades ó Melquiades, y éste á Silvestre de Roma (314), bajo el cual se consumó la feliz conversión de los emperadores.

Así como entonces se introdujo en el imperio un nuevo orden civil, del mismo modo se operó un cambio en la organización eclesiástica; hecho,

(4) La autoridad tardía de Beda reconoce por apoyo estas palabras de Tertuliano: *Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo vero subdita.*

(5) *Veridicus rector, lapsis quia crimina fere Prædixit miseris, fuit omnibus hostis amarus; Hinc furor, hinc odium sequitur, discordia, lites, Seditio, cædes, solventur fœdera pacis. Crimen ob alterius, Christum qui in pace negavit. Finibus expulsus patria est feritate tyranni. Hac breviter Damasus voluit comperta referre, Marcelli ut populus meritum cognoscere possit.*

cuya observación es de tanta más importancia (6) cuanto que habiendo desaparecido el primero, se ha conservado el segundo, como consecuencia de la estabilidad que imprime la Iglesia á todo lo que de ella emana.

Pero desde el momento en que las cosas del cielo se ponen en contacto con las cosas humanas, participan aquellas de la perversa naturaleza de éstas. No bien se tornó la Iglesia, de perseguida que era, en dominadora, cuando corrieron á ella en tropel los paganos, no siempre impulsados por una convicción íntima, y después de haber luchado contra el sofisma, contra las pasiones, las costumbres y los intereses; sino por lo común para conservar sus empleos y no caer en desgracia, por avidez hacia los privilegios y por las riquezas del sacerdocio. Siguióse de esto que las costumbres de los cristianos se corrompieron, y que en la nueva religión, conservó la sociedad sus antiguos vicios.

**Herejías.—Donatistas.**—Las herejías, que no habían sido más que disputas de escuela, tomaron más serio aspecto (305), y hasta llegaron á turbar la política. Estallaron éstas primero en Africa, donde Donato, obispo de las Casas Negras, acusa á Ceciliano de haber alcanzado subrepticamente el obispado de Cartago, y de haber entregado en tiempo de persecución los libros sagrados á los magistrados. Un concilio compuesto de setenta obispos condena al prelado; otros le sostienen; de todo esto resulta un cisma, cuyos furros no puede apaciguar el procónsul de Africa. Llama Constantino á Roma á Ceciliano y á sus adversarios, con el fin de que espusieran sus razones ante el papa Melquiades, rodeado de los obispos de la Galia y de Italia. Reúnense diez y nueve en el palacio de Letrán (2 de octubre 213), bajo la presidencia del pontífice su muy querido hermano, y Donato es confundido. No habiendo oído á Ceciliano el concilio africano, no hizo ningun caso de la sentencia que había pronunciado. Y aunque declarado inocente, es Ceciliano detenido en Brescia como medida preventiva, aconteciendo lo mismo con Donato en Roma; pero éste faltando á la palabra empeñada, vuelve de nuevo á Cartago; siguele el obispo y el incendio se acrecienta. Recurrióse otra vez á la autoridad del emperador, quien ordenó se sometiera la causa á más maduro exámen. Cansado, en fin, de oír decir que el concilio de Roma había sido poco numeroso, convocó otro en la ciudad de Arlés (agosto 314), concurren á él por lo menos treinta y tres obispos; aquellos que no pudieron asistir personalmente, enviaron sacerdotes para que ocupasen sus puestos; lo cual hizo también el papa, que no podía «desamparar los lugares sobre los cuales velan los apóstoles, y en los que no cesan de glorificar al Señor con su sangre.» (7) Ceciliano fué nuevamente absuelto, y los Padres

del concilio comprometieron á Constantino á reprimir por la fuerza á los disidentes que perturbaban el país y la Iglesia. Hízolos detener en efecto, y luego á persuasión suya se puso á examinar por sí mismo la causa ya juzgada por el sínodo; pero, aun cuando le estrechaban los donatistas, remitió su decisión de un día á otro, de Roma á Milan: por último, promovió la deliberación del asunto en su consejo privado, y falló en favor del obispo.

Ni aun después de la sentencia imperial se apaciguaron los donatistas, y hasta se apoderaron de una iglesia construida por el emperador en Cirta, ciudad de la Numidia, que se llamó entonces Constantina. Pero en vez de encruelcerse prefirió levantar otra, exhortando á los creyentes á la paciencia y á aceptar como un martirio las persecuciones de sus adversarios. Tales querellas intestinas, que daban asunto á la mofa de los gentiles, debían ser penosas á Constantino, y sin embargo, no se podía decidir á mostrarse riguroso. Solo en lo más recio de sus disensiones privó á los disidentes del lugar de sus reuniones. No por eso acreditaron muchos obispos menos pertinacia en no querer comunicarse con Ceciliano, y su obstinación les condujo desde el cisma á la herejía.

**Circunceliones.**—No parecería digna de ocupar á la historia una cuestión en la que no se ponía en tela de juicio ningun punto del dogma, si no hubiera agitado al imperio en el curso de tantos años. Algunos de aquellos sectarios tomando el nombre de circunceliones, se entregaron á graves excesos tanto en sus doctrinas como en sus actos. Interpretando el Evangelio según *la letra que mata*, no según *el espíritu que vivifica*, pretendían realizar la igualdad sobre la tierra; quebrantaban en tumulto las cadenas de los esclavos á quienes llamaban á ser partícipes de los bienes de sus amos; absolvían á los deudores y mataban á los acreedores, sin emplear el hierro, por habérselo prohibido Cristo á Pedro, sino palos nudosos. á que daban el nombre de los varas de Israel. A las órdenes de jefes, á quienes llamaban capitanes de los santos, cometían violencias y ejercían sus venganzas al grito de *Gloria á Dios!* Luego cuando caía sobre ellos el rigor de las leyes, se libertaban por medio del suicidio, considerado entonces por ellos como un martirio; buscábanlo, pues, á menudo y lo sufrían con solemnidad. Semejantes fanáticos no podían ser reprimidos sin grande efusión de sangre (8).

(8) Solo los que ignoran cuán lógicas son las naciones y los individuos cuando se trata de sacar las consecuencias extremas de un falso principio, se sorprenderán de que pueda promulgarse como una máxima y un deber religioso el asesinato. Pasando en silencio los camisardos del Languedoc en el último siglo, hallaremos un ejemplo reciente y no menos notable en los zúgos (*theugs*, seductores) de la India, estensísima secta que profesa una devoción particular á Devi, mujer de Siva, y representa la energía de este dios. Creen que ella se complace en la sangre, y que el asesinato de los hombres es el homenaje más grato á sus ojos. Inme-

(6) Véase lo que se dice cap. XVIII.

(7) *Ep. Sinodal.*

Por otra parte, encarnizados los judíos vinieron á las manos con los fieles en Palestina; por eso Constantino con intencion de refrenarlos declaró libre á todo cristiano esclavo de los hebreos, prohibiéndoles comprar hombres en lo sucesivo, así como obligar á un cristiano á que se circuncidara, so pena de ser castigado en su persona y en sus bienes.

**Arrianismo.**—Cristo nada escribió. Es una devota creencia el que los Apóstoles antes de separarse é ir á predicar á las naciones, hubiesen combinado entre sí el símbolo de la fe comun, que fué conocido con el nombre de *apostólico*; y no parece cierto lo que algunos modernos afirman de que aquella fuese la fórmula que generalmente acompañaba al bautismo, sencilla primero, y con adiciones sucesivas después, á medida que era necesario aclarar algun punto ó escluir un nuevo error (página 314). No se tenía una esposicion completa y general del dogma; algunos Padres variaban ó se contradecían sobre ciertos puntos; y la declaracion de fe consistía en escluir de la comunión de una Iglesia al que creyese cosa contraria. ó sea el que á la verdad general subrogase una restriccion de su particular juicio.

De ese modo habian sido combatidas las primeras herejías. Respecto de la naturaleza divina algunas de ellas se habian engañado sosteniendo la unidad abstracta de la sustancia de aquella, hasta negar que esta se desenvolviese en tres personas; herejía que después habia de abrazar tanta parte del mundo con el mahometismo. Sabelio de Tolomaida, admitiendo de nombre la Trinidad, se inclinaba á la unidad judaica diciendo (segun parece) que el Hijo era una forma de la unidad divina, descendida de paso en la humanidad; y el Espíritu Santo la presencia permanente de la divinidad en la Iglesia. De donde las personas de la Trinidad se reducian á diferentes operaciones de la misma potencia: si crea, es Padre; si se encarna, es Hijo; si obra sobre las almas, es Espíritu Santo: no hay distincion de personas. De consiguiente el hombre

diatamente, pues, que ciertos oráculos, interpretados á su to no han ordenado el asesinato, se dirigen unas veces aisladamente, otras por bandas numerosísimas, á matar á un papa ó á muchos. Equivocadamente hemos dicho matar, tendiendo que entre ellos es un arte dar muerte; lo cual se doptica después de ciertas invocaciones, de saludos indispensables, y con ayuda de un lazo de figura simétrica y determinada. Distan mucho de pensar que cometen un delito, y creerian ultrajar á la diosa á que están consagrados, si perdonaran á aquellos á quienes sus presagios han designado para la muerte. A pesar de los esfuerzos de los ingleses para estirpar esta plaga, aun no han podido domeñar un entusiasmo que considera el homicidio como un deber religioso. En 1835 se redujo á prision á mil quinientos sesenta y dos de estos zúgos, de los cuales fueron ahorcados trescientos ochenta y dos, como los más delincuentes; los otros fueron condenados á deportacion ó á prision perpetua.

no cayó, ni la redencion fué una necesidad, sino una nueva evolucion, quizás no última, de la divinidad. Algunos se abandonaron á la vaguedad de las ideas platónicas análogas á las cristianas sobre el Verbo; otros por falta de cautela ó por sobra de ardor polémico, pusieron demasiada diferencia entre el Padre y el Hijo, si bien en lo demás eran ortodoxos. Algunos consideraban á Cristo como Dios con el Padre, sin sutilizar sobre la manera, de donde parecia que hubiese tres dioses distintos; y otros, como los gnósticos, lo hacían hombre en quien por algun tiempo se encarnó una virtud celestial, una sustancia divina.

Al decir que el Verbo es la inteligencia divina, hijo único, como Dios, primogénito, como tipo de las criaturas (9), parecia que la Iglesia habia espresado todo lo necesario para demostrar la identidad y explicar las relaciones entre el Sér supremo, residiendo en el seno de un esplendor inaccesible, y el Hijo encarnado. Sin embargo, algunos herejes, haciendo una mezcla de las doctrinas de Zoroastro, de la India y de la Cábala, habian supuesto una serie de emanaciones decrecientes, y pretendido que una de las menos imperfectas habia descendido á Jesucristo hombre, al tiempo de recibir el bautismo, ó bien, ateniéndose á Filon y á Platon, habian afirmado que desde su nacimiento, el *logos*, ó la Sabiduría de Dios, se habia unido á la humanidad de Jesús.

Pero la creencia tradicional, perpétua, universal y por consiguiente apostólica era que Cristo es verdadero Hijo de Dios, Dios mismo y uno con su Padre, aunque distinta persona, revelado desde la eternidad por el Padre, y hecho hombre después al cumplirse los tiempos. El Espíritu Santo era también considerado y adorado como persona divina. Esta era la creencia; pero su expresion no era aun precisa, así como sucede con los puntos no controvertidos, y por lo tanto no discutidos ni formulados.

Entre los que argumentaron en favor del cristianismo con la filosofía de aquel tiempo se distinguen Clemente de Alejandria y Orígenes. El primero no se salió del camino recto; el otro creador de la exegesis bíblica, amplió la controversia cristiana, ensayando un sistema completo de doctrina, y dando así origen á la filosofía teológica. No contento con destruir las objeciones particulares de Celso, rebatía sus fundamentos y establece sólidamente la religion cristiana, no con razonamientos abstractos, sino con hechos, con las profecías, con los milagros y con las costumbres de los Apóstoles. En el libro *De los principios* (página 268) pone las bases de una esposicion metódica revelada, y en la instruccion á sus discípulos abraza una enciclopedia entera, conduciendo todas las ciencias á su centro, que es Dios. Pero dogmá-

(9) *Primogenitus, ut ante omnia genitus; unigenitus, ut solus, ex Deo genitus.* TERTULIANO, *Praxeam*, VIII.

tico audaz y de imaginacion «queriendo salvar del insulto pagano (valiéndome de las palabras del P. Doucin) la verdad del cristianismo; y hacerla creible á los filósofos» traspasó la verdad. Impulsado por la ambicion científica á hacer entrar los misterios más incomprensibles en las deducciones de su idealismo, y á dar á la doctrina cristiana formas, proporciones, rigor lógico y un sistema completo, se vió obligado á formar el dogma segun las leyes de su metafísica, y para rechazar el título de nuevo politeísmo, distinguió al parecer á Jesús de Dios Padre, representando aquel como intermedio entre lo creado y lo increado; un segundo sér en la gerarquía Divina que nos trasmite los efectos de la bondad del Padre, y que trasmite á él nuestros ruegos; mientras que el Espíritu Santo es la primera y más escelente creacion del Hijo (10).

**Arrio.**—La costumbre de considerar filosóficamente la divinidad se habia hecho general, y dió origen á la herejía de Arrio, herejía nueva, más sencilla, más metódica, más peligrosa y de mayores consecuencias. Arrio era natural de Libia (312), sacerdote y rector de una de las nueve iglesias de Alejandria, donde principió á enseñar una doctrina diferente de la de unos y otros, diciendo que Cristo era la primera criatura, no emanada, sino creada por la voluntad de Dios, antes del tiempo y de los ángeles. Algunos herejes habian negado á Cristo; sin embargo, el mundo pertenecía ya á Cristo. Pero ¿quién era Cristo? Arrio quiso explicarlo, y nos presenta la generacion del Verbo como la idea arquetípica que después es realizada por el artista: no niega el Verbo sino la encarnacion. Los ortodoxos creen que Cristo es como el pensamiento eterno de Dios, coexistente con su actividad eterna, de la misma sustancia que Dios (*ὁμοούσιος*): Arrio reconoce en él la fuerza, la verdad, el porvenir, pero no quiere identificarlo con Dios. Tampoco hace de él un hombre, sino un sér distinto, de sustancia análoga (*ὁμοιοούσιος*) á la de Dios, una criatura típica, que Dios engendró para que sirviera de modelo á los hombres.

Arrio propagaba estas ideas, deducidas de las precedentes, con aquellos medios que son envidiables, cuando se emplean en el triunfo de la verdad. Sus adversarios, por quienes únicamente le conocemos, nos le presentan como un soberbio, que decia que Dios le habia comunicado especialmente la ciencia é inteligencia: sin embargo en sus hechos aparece más bien movido por el convencimiento que por la ambicion. Erudito en todo cuanto se habia hecho antes de él, con fina dialéctica, estilo espléndido y hasta delicado, con cierta gracia para insinuarse en el ánimo, perseverancia en el esperar, constancia no rígida, vanidad que sabe ceder y hacer las concesiones necesarias á

(10) Tal es la interpretacion de algunos y no solamente protestantes. Muchos católicos y especialmente Möhl defienden este pasaje en el sentido ortodoxo.

tiempo, conservándose sin embargo fiel al espíritu de su doctrina, y permaneciendo en la Iglesia mientras la arruinaba, escribia libros y poemas que difundia entre el pueblo, entraba en las casas como Sócrates, é interrogando persuadia: ¿Has tenido hijos, preguntaba á una mujer, antes de parir? Pues así Dios no pudo tener un hijo antes de engendrarlo. Y muchos con estas triviales comparaciones quedaban convencidos, de que el Padre era anterior al Hijo.

Esto era, considerado vulgarmente; por lo demás considerado científicamente, su teoria era un ensayo para explicar la Trinidad con las ideas platónicas. El dogma de que el Hijo ha sido engendrado de la misma sustancia del Padre (decia) no pudo admitirse de ninguna manera, porque seria necesario admitir una emanacion de la esencia divina y por lo tanto la divisibilidad é inestabilidad de esta. ¿Qué relacion pudo establecerse entre el cuerpo y lo incorpóreo? Tan grande es Dios que no puede experimentar la criatura su accion inmediata; ni es propio de su dignidad estar en inmediato contacto con lo finito. Dios, pues, creó el Verbo, sér intermedio, hijo de Dios, por medio del cual fué creado y redimido el mundo. Este Hijo es una especie de demiurgo que recibe las ideas del Padre y con ellas efectua la creacion; no es la sustancia del Padre, ni por consiguiente Dios, sino criatura, sacada de la nada para que criase las demás criaturas; no eterno, sino preexistente al mundo. El Espíritu Santo es aun más inferior.

Hasta entonces no pocos creían que, en la forma de la doctrina, no habia nada determinado, y que todo dependia del reflejo de una cierta modificacion del sentimiento; y que las diferencias suscitadas en la Iglesia no eran sino manifestaciones de la inteligencia cristiana. Muchos se habian convertido á ejemplo de Constantino y de la corte, antes de vencerse á sí y al mundo, y por esta razon se apoderaba el fastidio de los ánimos, y el escaso estudio facilitaba los errores. El juicio racional estaba además á favor de Arrio, que oponia al misterio el buen sentido. Para la debilidad humana, y para gente incapaz de comprender las sublimes elucubraciones de lo ideal, era más fácil representarse á Cristo en su vida y muerte como un profeta, que como un Dios. Las doctrinas comunicadas de lo alto por su medio conservaban su valor dogmático, y la unidad de Dios estaba libre de cualquier nube de triplicidad de personas. Igualmente desaparecia toda distincion entre el poder eclesiástico y el poder temporal, pues que las instituciones exteriores de la Iglesia, como las del Estado, no procederian sino de una criatura.

Viendo Alejandro, obispo de Antioquia, que esta proposicion ocultaba sutil veneno, y sabiendo que el abuso de la elocuencia y de la dialéctica le adquiria prosélitos, pasó de las advertencias al castigo, y de concierto con muchos obispos degradó al sacerdote innovador, sin descuidar poner á las demás iglesias á cubierto contra la herejía. No por

eso dejó de continuar Arrio sus predicaciones, que le ganaron los obispos de Africa y de Palestina; y como en una doctrina, cual la que enseña el cristianismo, no hay cuestion que no se haga práctica al momento, se mezcló á ella el pueblo y resultaron disturbios; burláronse los gentiles de estos debates y los parodiaron en el teatro.

Informado Constantino de lo que acontecia por el obispo de Nicomedia, que era favorable á Arrio, escribió á éste como al obispo de Alejandria «que su diferencia era una vana disputa de palabras, nacida de la ociosidad, para el ejercicio del espíritu; que, vista la imposibilidad en que se hallaban de comprender cosas tan árdidas y tan sublimes, adoptaran el partido de reconciliarse.» No era, sin embargo, cosa tan frívola decidir si el autor del cristianismo era Dios, igual y consustancial al autor de todas las cosas, ó solo á él semejante y conforme: porque si Cristo es ó criatura ó Dios diferente de su Padre, los que le adoran son idólatras ó reconocen dos dioses, cayendo en el politeísmo. Pues si Dios no obra directamente sobre el hombre, se niega la Gracia; se quita al cristianismo la fe en el Hombre-Dios, único mediador divino que le abre camino hasta la divinidad y le da los medios de unirse íntimamente á ella; y encuentra de nuevo entre él y Dios aquel abismo que le separaba en los siglos paganos. Cristo no es ya el tipo á que debe asemejarse el hombre para ser bueno; en lo cual consiste la base del cristianismo práctico: ni el hombre puede ofender á Dios, de un modo que no provenga del pecado original.

El arrianismo era, pues, una transacción entre el gentilismo y el Evangelio, cual convenia á una sociedad envejecida: era la máscara de un deísmo, que se presentaba con la reforma general de los cultos antiguos, y con las opiniones de los sincretistas mezcladas con el dogma cristiano; pero al mismo tiempo era una herejía que atacaba la esencia misma del cristianismo. Por otra parte, para la conservacion social y para mejorar las costumbres y la condicion civil era preciso entonces obrar; y para obrar era preciso creer en la infabilidad del Evangelio. El egoísmo habia destruido la sociedad romana; el sacrificio debia reconstituirla, y para sacrificarse es preciso no dudar del fin de los propios esfuerzos. Véase por qué los ortodoxos dieron tanta importancia á una herejía, que llamaba á discutir en vez de conducir á obrar. Ni era posible que la Iglesia, conservadora eterna de la verdad incorruptible, guardase silencio en una disputa que tocaba á las bases de la fe, al apoyo de la esperanza, á la fuerza de la caridad.

**San Atanasio.**—Atanasio, diácono del obispo de Alejandria, nombre cuyo origen y primeros estudios no sabemos, ni más sino que habia compuesto una obra contra los gentiles (269-273), conoció desde luego que la transacción de los arrianos era «un pensamiento envuelto en el fango,» y sin detenerse en los hechos evangélicos se elevó á la cumbre de la verdad, diciendo que Cristo es la

sabiduria del Padre, sabiduria eterna, inmutable, increada como él. Excitado seguramente por él, el obispo de Alejandria reprendió en un concilio á Arrio: pero este no se dió por vencido, y hablando y disputando y escribiendo ganaba prosélitos que pronto formaron un congregacion distinta (321). De aquí resultó un cisma en la Iglesia á favor del cual se introdujo por primera vez la potestad que hasta entonces habia sido su enemiga.

La antigüedad, con un culto de ninguna influencia sobre las costumbres, no hallaba diferencia entre lo eterno y lo contingente, representado aquello en la Iglesia, esto en el Estado: toda religion tomaba carácter nacional y por lo tanto una direccion política, de modo que el Estado se confundia enteramente con las instituciones religiosas, ó á lo menos la religion estaba íntimamente unida con la constitucion política. Los romanos deificaron el Estado, y le pusieron sobre el altar en la persona del emperador; de modo que el Estado se convertia en la Iglesia, y por consiguiente caia en el desorden. El cristianismo cambiaba estas relaciones: entre lo eterno y lo temporal, entre lo espiritual y lo corpóreo no admite repugnancia, ni de consiguiente tampoco entre el Estado y la Iglesia; ésta fundada directamente por Dios, aquel tambien por Dios, pero por medios secundarios.

El cristianismo, introduciéndose en todas las relaciones sociales, habia impreso en ellas su carácter de universalidad. Trató principalmente de dirigir las dos propiedades fundamentales del hombre; la actividad por la cual no quiere el hombre determinarse sino por su propio impulso; la pasividad del alma y del cuerpo por la cual sujeta los sentimientos y afectos propios á la ley positiva, prefiriendo recibir más bien que dar el impulso. El cristianismo unificó estas dos direcciones en la caridad, de modo que se hacian igualmente benéficas y conservadoras para el mundo, y dispuso que no oprimiese la una á la otra, sino que recíprocamente se estimulasen y refrenasen.

La Iglesia pudo mantener por bastante tiempo esta activa concordia, primero en la disciplina, en la doctrina y en su constitucion interior, y después en las demás relaciones sociales; tanto que pareció posible unir la libertad natural con la sujecion á la ley, el sentimiento de la independencia absoluta con el de una completa sumision á la autoridad. Estableció un orden político, semejante en parte al que regia en su interior, y donde á pesar de las imperfecciones, se hallaban unidas la libertad y la dependencia, la dominacion y la servidumbre, los privilegios y obligaciones en el dominio político, los derechos y los deberes, la independencia personal y las obligaciones legales, la autoridad y la sumision; mantenido todo en armonia entre el respeto á la costumbre y el impulso progresivo. De aquí se seguian en lo interior la libre discusion de las doctrinas, en lo exterior la independencia entre la fe y el Estado; aquella sociedad cristiana que es el orden divino y humano, Iglesia y Estado;

doctrina única en dos naturalezas diferentes y unidas; dualidad unificada como ley divina, cuyo efecto seria el orden de los nuevos tiempos.

Constantino, en realidad, habia reconocido la independencia de la Iglesia; pero el imperio no podia ser extraño á sus turbulencias. La introduccion de una religion nueva habia roto la unidad política, de tal modo que los emperadores quisieron destruir á hierro y fuego estos sectarios. Pero crecieron de tal manera que llegaron á ser el mayor número, y Constantino tuvo que favorecerlos para recomponer la unidad; aunque en sentido cristiano.

Pero apenas comenzó su obra, el cristianismo se divide en partidos y se rompe aquella fe, de cuya unidad se habia gloriado siempre tanto en contra de la confusion de las opiniones gentílicas (11).

Constantino que al principio habia apreciado la disputa como irresoluble, conoció cuán seria se haria por el peligro de la fe y por el calor sedicioso con que era agitada; y persuadido de que la Iglesia debia decidir por sí misma en los puntos del dogma, convocó un concilio, no ya parcial, sino ecuménico. Pues ya que se queria que entrase el mundo romano en la comunión cristiana, no bastaban decisiones parciales, sino que la Iglesia, representante de la humanidad restablecida en la unidad por la influencia divina, debia manifestarse una en un concilio universal, y en este de comun acuerdo debia aclararse y establecerse lo que se debia creer sobre el artículo esencial del cristianismo, la naturaleza del Verbo (12).

**Primer concilio ecuménico 325.**—Constantino, pues, convocó á los obispos de todo el imperio en Nicea de Bitinia, suministrándoles caballos de posta, que solo por regia concesion podian usar los particulares, y mantuvo por dos meses á trescientos diez y ocho obispos y á los sacerdotes, diáconos y acólitos que acudieron al concilio (13). El papa

(11) Véanse: *San Athanasii ed. opera*, Montfaucon. Paris, 1698, 3 tomos en folio.

HERMANT, *Vida de S. Atanasio*. Paris, 1671, 2 tomos. Este autor fué el primero que sacó de las tinieblas la historia del arrianismo.

TRAVASA.—*Historia crítica de la vida de Arrio*. Venecia, 1746.

MAIMBOURG.—*Historia del arrianismo*. Paris, 1675.

COMBÉFIS.—*Bibl. Patr. concionatoria*. Idem 1682.

MOEHLER.—*Athanasius der Grosse, und die Kirche seiner Zeit, besonders in Kampfe mit dem Arianismus*. Maguncia, 1827.

KLOSE.—*Gesch. und Lehre des Eunomius*. Kiel, 1833.

(12) La historia de los concilios ha sido escrita por los Padres Labbe y Hardouin. Coleti publicó en Venecia una edicion de los concilios, y el padre Dominico Manso en Luca un suplemento. Los concilios parciales de Alemania han sido publicados por el padre Hartzeim; los de Hungría por el padre Peterfi; los de España por el cardenal Aguirre, y los de Inglaterra por Wilkins.

(13) Es el primero de los concilios ecuménicos, aunque

Silvestre envió legados al concilio: muchos legos llegaron á apoyar con su saber una y otra causa. Hasta filósofos paganos se dirigieron á Nicea, ora por su afición á los debates, ora por reirse de la discusion suscitada en aquella Iglesia, que habia derrocado sus creencias. Pero lejos de ser una cosa risible, fué un espectáculo nuevo y maravilloso aquella asamblea de los representantes de todas las naciones, elegidos por los sufragios populares, sin otra consideracion que la del saber y de la virtud, reunidos para discutir libremente acerca de los mayores intereses de la humanidad, acerca de como convenia creer y como se debia obrar. Muchos de ellos llevaban sobre sus personas las gloriosas señales del martirio sufrido por la fe, que venian ahora á defender con la palabra: otros eran afamados por la ciencia, por su santidad y hasta por sus milagros. En primera linea brillaban por un lado Arrio, elocuente, hábil, dialéctico, fecundo en expedientes sutiles, no desperdiciando ocasion ninguna de hacer triunfar su causa; por otro San Atanasio, simple diácono, y después en el curso de muchos años el más celoso campeón del partido ortodoxo.

Remitíanse al emperador numerosos memoriales en uno y otro sentido; hizo comparecer en su presencia á sus autores y les dijo: *No debéis ser juzgados por los hombres, vosotros que tenéis de Dios la facultad de juzgarnos á nosotros; remitid, pues, á él el cuidado de terminar vuestras diferencias, y reunios para deliberar sobre las cosas de la fe; y quemó los manuscritos.*

Después de las discusiones secretas se abrieron las sesiones públicas, á las que asistió personalmente el emperador con la magestad que reclamaba semejante asamblea y el respeto debido á tanta santidad (14). Entonces empezó la lucha de argumentos y de sutilezas; á fin de poner coto á estas adoptó el concilio una espresion platónica, declarando al hijo *consustancial* (ὁμοούσιος) al Padre: se redactó un símbolo y Arrio fué condenado con los suyos.

**Disciplina.**—Independientemente del dogma se ocupaban tambien los concilios de la disciplina. Así en el de Arlés se habia decretado que los cristianos no debían deponer las armas mientras disfrutara de paz la Iglesia, absteniéndose de aparecer en el teatro y de guiar carros en el circo. El mismo concilio recomendaba á los fieles que se trasladaban á otras provincias, llevar consigo, á menos que fuesen magistrados, cartas de su obispo en testimonio de su fe. En los concilios de Ancira y de Neocesarea se puso remedio á los males causados por la persecucion en cuanto lo permitian los tiempos; absteniéndose los sacerdotes y los diáconos de car-

no se enumere en la série de estos el de Jerusalem, convocado por los Apóstoles en el año 50 de C.

(14) Imprimió un beso en la cicatriz de Pafnucio, obispo de la Tebaida.

nes por mortificación, fueron invitados á gustarlas y á no rehusar las legumbres sazonadas con sustancias grasas, á fin de no servir de apoyo á los que hacían consistir la devoción en esto (15). Por último, se prescribieron penas eclesiásticas para los pecados contrarios á la pureza que la Iglesia quería mantener entre los fieles.

También fijó el concilio de Nicea el día en que se debía celebrar la Pascua (pág. 282). Bajo una apariencia frívola tenía esta cuestión gran importancia; porque confirmaba para siempre la separación del cristianismo y del judaísmo, y ponía el sello á la supremacía de la iglesia de Roma, haciendo adoptar generalmente el uso practicado por ella de solemnizar la Resurrección del Salvador el domingo en que cae la luna llena más próxima al equinoccio de la primavera ó el domingo siguiente. Esta diferencia en la Iglesia romana es un gran hecho en la historia eclesiástica.

Se pronunció la exclusión de las sagradas órdenes contra aquellos á quienes un celo excesivo impulsaba á hacerse eunucos: esta era la condena de la secta de los valesianos, que existía á la sazón entre el Jordán y la Arabia. Prohibiendo á todo eclesiástico el cohabitar con mujeres, aunque se autorizara después á las diversas iglesias á seguir en esto sus usos particulares, si bien intimando á todos observar una estremada severidad de costumbres. Debieron ser los obispos instituidos por tres prelados á lo menos de la misma provincia y confirmados por el metropolitano.

Las decisiones del concilio fueron notificadas á todo el imperio, y Constantino escribió con este motivo cartas más numerosas y largas que las que habían escrito hasta entonces sus predecesores. Además desterró á Arrio (16), pero al cabo de

(15) Cuéntase á propósito de esto que Espiridion, santo obispo de Chipre, una de las lumbreras del concilio de Nicea, citado por su exactitud en seguir las tradiciones eclesiásticas, dando un día hospitalidad á un viajero agobiado de fatiga, ordenó á su hija que le lavara los pies y le preparara la cena; mas recordándole ella que se encontraba en la Semana Santa y que tenía por costumbre hacer un severo ayuno, nada se encontró en su casa. Espiridion oró y luego le recomendó que mandara cocer carne de cerdo salada; sentándose después á la mesa comió el primero, y destruyó los escrúpulos de su huésped diciendo que «toda cosa era pura para el que está puro.» SOZOMENES, I, 11.

(16) Sócrates copia en la *Historia eclesiástica* una carta en que Constantino decreta la pena de muerte contra todo el que poseyera un libro de Arrio. Ὁς εἰ τις σύγγραμμα ἀπὸ Ἀρίου συνταγὴν φερόμεν κρύψας, καὶ μὴ εὐθέως προσενεγκῶν περὶ κατανώσει, τοῦτον θάνατος ἔσται τῆς ψυχῆς. Cosa extraña hubiera sido aplicar al hereje solo la pena de destierro, y que se castigara con la muerte por haber leído sus obras. Conviene añadir que Constantino era demasiado moderado para proceder de este modo y que el mismo concilio, lejos de provocar castigos contra los herejes, se limita á condenar las opiniones y los que las enseñaban, manifestando su pesadumbre por el destierro.

cuatro años fué indultado, á instancias de su hermana Constancia, en la incertidumbre de si había sido víctima de calumnias. Hasta escribió á Atanasio, ya obispo de Alejandria, á fin de que consintiera en admitir al hereje en su iglesia, á lo cual se negó decididamente. Sería prolijo referir las calumnias, las tramas, los conciliábulos con cuyo auxilio procuraron los arrianos perder á sus adversarios más enérgicos, y especialmente á Atanasio, que acusado de impudicidad, de violencias, de homicidios, fué llamado á disculparse ante un concilio congregado espresamente en Tiro. Previendo Atanasio el resultado, corre á Constantinopla y mantiene secreta su llegada para que no se le pueda negar una audiencia. Constantino, á quien se presenta de improviso en su viaje, aunque descontento al pronto de aquel encuentro inoportuno, quedó sorprendido de su energía y de su elocuencia y le dejó esponer libremente la trama urdida en contra suya en el concilio.

Le acriminaron los Padres con una acusación de nueva especie de haber detenido los buques despachados desde Alejandria para abastecer á la capital. Aunque convencido el emperador de la inocencia de Atanasio, juzgó conveniente tenerle distante de su trono y le envió á la corte de Tréveris donde permaneció veinte meses. Entonces cobraron la ventaja sus adversarios, y Arrio, cuya fecundidad en espedientes era inagotable, no se cansaba de inventarlos. Unas veces clamaba contra la introducción en el dogma de un vocablo extraño á las Sagradas Escrituras, otras contra la presunción que había, en su concepto, de querer definir absolutamente cosas impenetrables; otras sustentaba sus opiniones delante de nuevos concilios; otras sorprendía al emperador, mal teólogo, con profesiones de fé capciosas; de tal manera que este ordenó por último al obispo de Constantinopla recibir en la comunión á Arrio.

**Muerte de Arrio.**—Pero en el momento de dirigirse al templo el hereje, se sintió atacado de dolores de entrañas, y habiéndose retirado se le halló muerto en su sangre (336), ya fuera por milagro, por casualidad ó por delito.

No se estinguió el incendio con él, antes bien estalló con más violencia. Publicaron los arrianos diez y ocho símbolos en el transcurso de pocos años; decidían en sentido contrario los concilios; se sucedían las persecuciones ora contra un partido, ora contra otro; y se lamentaba de ello Hilario, obispo de Poitiers, en la forma siguiente: «Es deplorable y no menos peligroso que haya tantos símbolos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, tantas fuentes de blasfemias como imperfecciones hay entre nosotros: porque hacemos símbolos á medida de nuestro antojo, y nos los explicamos según nuestro capricho. Diferentes sínodos han desechado, admitido é interpretado la palabra *omousion*; disputase donde quiera sobre la igualdad parcial ó total del Padre y del Hijo, y cada año, ó más bien cada mes, apa-

recen nuevas fórmulas para explicar invisibles misterios. Nos arrepentimos de lo que se ha hecho, defendemos al que se arrepiente, reprobamos lo que habíamos defendido primero, condenamos en nosotros mismos la doctrina agena, la nuestra en

(17) *Ad Constantium*, lib. II, 4, 5.